EL AGUILA,

PERIODICO INSTRUCTIVO Y LITERARIO.

SERIES DE 90 INDIVIDUOS PARA JUGAR A LA LOTERIA

<p>Sale cuatro veces al mes. Para cada serie de 90 suscritores, se toman, un billete entero, cuatro décimos y ocho papeletas de la Primitiva y cuatro suscripciones, gratis.</p>	<p>Precios de Suscripcion. 5 reales al mes en la capital. 18 reales por trimestres adelantados, fuera de la capital.</p>	<p>Se suscribe en Sevilla en su redaccion calle de la Cerrageria núm. 34, y por nuestros corresponsales en los principales pueblos de la provincia, y en todas las administraciones de correos del reino.</p>
<p>Año I.</p>	<p>Lunes 15 de Febrero de 1858.</p>	<p>Núm. 2.º</p>

Ciencias Naturales.

El hombre en su estado fisico.

(Continuacion.)

El hombre goza en comun con todos los animales perfectos, la facultad de conocer á cierta distancia, las cosas necesarias para su conservacion, y tambien el estar formado de una materia que llamamos animal; pero se distingue por sus formas, por sus actitudes, por sus multiplicadas relaciones con todos los seres naturales y finalmente por estar dotado de un alma racional. Esta le dá la reflexion, la facultad de percibir y conocer sus propias acciones, de observarse así mismo al tiempo que observa todo lo demás, la de distinguirse de todo lo que no es él, siendo estimulado á ello por el deseo de adquirir ciertos placeres independientes de los que le resultan por el goce de sus necesidades físicas, que es lo que constituye el goce intelectual. Con efecto, en los animales las relaciones no tienen otro objeto que la satisfaccion de las necesidades orgánicas, las que satisfechas el animal se queda indiferente ó bien se entrega al sueño.

Por el contrario el hombre, despues de provistas sus necesidades físicas, aspira á mas, así que pensativo y desvelado estiende su imaginacion, busca sensaciones que le produzcan ideas, y enserrando su mente en el círculo de la contemplacion, crea, perfecciona y lleva á cabo proyectos grandiosos con lo que proporciona á su alma sustancias nutritivas intelectuales.

III.

El hombre considerado en su estado intelectual ó de relacion.

Colocado en medio del Universo, vive y se mantiene en virtud de sus relaciones con los cuerpos que le rodean, y como los materiales necesarios á su conservacion, existen fuera de él, es preciso que los organos de que está dotado tengan no solo relacion, sino analogia con los cuerpos destinados á este objeto, así pues la causa y los medios de sus relaciones se hallan en el mismo, es

decir la causa, las necesidades, los medios los organos.

Las necesidades tienen su origen en el ejercicio mismo de la vida, y el hombre las percibe y las conoce por el centro de relacion; pero si los objetos exteriores destinados á satisfacerlos no son conocidos por los organos ó sentidos exteriores, el centro de percepcion no los conoce y ocasionan al alma una inquietud vaga, una incomodidad, que no pudiendo esplicarse, nos agita en estremo, tales son, probablemente, los movimientos del feto durante su vida uterina, con especialidad cuando se acerca la época del nacimiento; y tal es, ciertamente, cuando rompe el llanto despues de haber nacido. Mas luego que los objetos exteriores, propios para la satisfaccion de una necesidad, se ponen en contacto ó en relacion con alguno de los cinco sentidos esternos, estos se lo participan al alma, esta los reconoce por medio de estos mismo sentidos, fija su percepcion, y experimenta el deseo. ¿Pero que es lo que pasa digno de atencion en el momento de percibir el alma sus necesidades y los medios de satisfacerla? Para explicarlo con claridad nos valdremos de un ejemplo.

Cuando un objeto que sirve de alimento se presenta al sentido de la vista ó al olfato, si el estómago tiene necesidad de él, la percepcion es agradable y el deseo de apropiarselo se desarrolla con energia; pero si el estómago está satisfecho ó enfermo, el estímulo es desagradable y el alma determina á los miembros movimientos propios para alejarlos. Lo mismo sucede con las sensaciones relativas á la propagacion de la especie, con las impresiones del calor y del frío, y aún con la respiracion segun que las impresiones del aire sean agradables ó desagradables, pues al paso que el pecho se dilata ampliamente y aspira con avidez cuando el aire está mezclado de auras odoríferas, así se contrae y estrecha cuando está cargado de emanaciones fétidas ó deletéreas. Luego no hay duda que el alma no juzga de las impresiones exteriores sino por medio del organismo. Tal es la intima union que tiene con el cuerpo. ¿Pero se comunican las impresiones unicamente al organo que interesan? La razon se niega á admitir este acerto, porque de lo contrario supondria al sensorio comun, al alma, como

es pone en superior y esos si las animal en el esea, pero en relacion sterior pro-en relacion inlimamen-y el juzga atisfaccion, haber para cuando esta ue el hom-disminuya imperiosas usque y se necesarios los medios emás ani-

n. Desgrada de su con- se abando- es, es di- cas, pues s deshonra i que per- aturaleza y

a prensa el efflora, en- guiente, cu- r las cos- cuando tra- reyes en la reales, co-

en este ar- a ciudad el stro cronis- io se cons- estaba pre- rsonas. La e levantaba oa formado niciones de y sobre las

carruaje y barca. Al ó misa en arse, conti- ado la Bella aba corta- y desde el l de buques ia, todos los

— 27 —
por el contrario, sin dejar de sentir, iba decia-
do, y sobre todo contra aquella *brbona de cría-*
da..... «Aquella brbona (dije yo entre mi),
por que se ha azevido á pedir una miseria gra-
ficacion en pago de su trabajo! Me temo que
con este hombre no habré mudado mas que de
estado, sin haberse hecho mi suerte mas feliz.
No obstante, aquel dinero dado á Mariana por
sus pretendidos cuidados..... quizá en ello no
habrá hecho mas que poner en ejecucion las in-
tenciones de mi padre.»
El mal humor de mi tio fué calmando poco
á poco, y como para hablarle un tono que que-
ria hacer dulce y halagüeño: pero los órganos
acostumbrados á la expresion de los arrebatos
furtivos, dan á las palabras mas amables un
acento que las hace desconocer. Así que, por mas
que hacia, nada podia averarme á él; y las ca-
ricas, que me prodigo, no sirvieron mas que
para recordarme las que en otro tiempo habia
recibido de mi padre. Acordábame de el dulce
calor que aquellas esparcian en mi sangre, quan-
do estas..... Yo no podia encontrar razon del
trio mortal que hacian circular en mis venas.—
Bres demasiado esquivas (me dijo), ó muy poco
sensibles á lo que hace y quiere hacer por ti un
tio, sin el cual toda tu vida hubieras sido con-
sagrada á la miseria.— Ya lo conosco, señor, y

— 30 —

Capítulo V.

MADAMA DE VERVAL.

Picard no era muy tratable, y no me atreví
á preguntarle cosa alguna. Así, aunque fué en
su compañía siete ú ocho horas seguidas, llegué
á casa de mi tia sin saber con quien iba á encon-
trar. Por lo mismo, cual era mi confusion y mi
embarazo al bajar de la silla, al subir la escale-
ra!..... Picard se adelantó á avisar á su ama, á
quien no sé en que términos me anunció; lo cier-
to es que, al llegar, pude entender estas dos pa-
labras *mi sobrina!* articuladas por una voz dul-
ce, y en un tono de sorpresa.

Al mismo tiempo la dama que las habia pro-
ferido volvió la cabeza, y me vió á la puerta en
que yo estaba temblando..... Hubo de advertir-
lo sin duda, porque, procurando animarme con
sus miradas, y con la inflexion de su voz, me
mandó que me acercase. Yo lo hice algo mas
resuelta. Una bagatela infunde confianza cuando
procede de uno que es verdaderamente bueno,
al paso que las atenciones mas esquisitas que-
dan sin efecto alguno, y aun producen el menos
favorable, cuando tienen por principio una bon-
dad ficticia.

Mi tia se habia levantado, y venia hácia mi:

— 32 —
pues tan desgraciada. El amor propio, y la es-
peranza de mejorar de fortuna, escitaron un
sonrisa en mis labios; pero aquel no sé-qué, qu
me habia estado atormentando toda la noche,
hizo saltar algunas lágrimas en mis párpados, y
mi corazon estivo á un tiempo abierto á la es-
peranza y oprimido por un efecto doloroso.
Mariana se hallaba presente, siguiendo los
movimientos de los que se ocupaban en mi me-
tamorfosis, en la cual trabajaba tambien ella mis-
ma entusiasmándose, y exclamando sin cesar:
«Par diez que es mas bonita de lo que yo pen-
saba!..... Á la verdad, ya me pesa..... bien hu-
biera podido..... pero como ha de ser; ya está
hecho: no pensemos mas en ello; mas vale un
pájaro en la mano que ciento volando.....»
Luego que estivo enteramente vestida, llegó
á verme toda la vecindad; y aquellas gentes que
hasta entonces me habian tratado con el mismo
desprecio que Mariana, me miraban con una es-
pecie de respeto: hasta los muchachos del barrio,
que el dia antes no se habian dignado de admiri-
rme á sus juegos, porque estaban un poco me-
nos mal cubiertos que yo, se ponian á alrededor
de mí, mirándome con un silencio envejecido en
admiration..... En todos los estados y edades
hay las *mas haguerras*.
Durante este tiempo, Mariana se habia com-

— 19 —

pero no hay cosa mas simple cuando se trata de
una buena moza como tú!..... No falta quien
tenga á mucha honra el hacerse tio de una boni-
ta sobrina.—Cómo! qué quereis decir con eso?—
Cosa clara, par diez!..... que te he hallado un
tio.—Pues yo estaba en que no tenia ninguno.—
Pobre simple!.....» Esto lo dijo encogiéndose de
hombros: me miró con una falsa sonrisa, y se
marchó. Un momento despues, volvió con una
muchachilla de la vecindad á quien encargó el
cuidado de cuanto yo habia hecho hasta enton-
ces, y conmigo continuó mirándome con ciertas
atenciones.

Por la noche iba yo á tomar mi cazuela para
llevarme á mi rincon la infeliz racion á que es-
taba acostumbrada; pero Mariana me hizo sentar
junto á sí, y cenar en su compañía. Tambien
quiso darme vino; mas, acordándome de sus as-
querosos efectos, me dieron tales náuseas, que
no pude acabar el primer vaso. Mariana estivo
para enfadarse; no obstante se contuvo, desqui-
tándose con beber ella sola la botella.

Todo habia pasado sin haber podido volver
yo de mi admiracion, llegando esta al mas alto
extremo, cuando ví á Mariana hacerme un lu-
gar en su cama. Mejor hubiera querido dormir
en mi tarima; pero estaba ocupada por la nueva
criadilla, y ademas mi aturdimiento, por lo que
veia, era tal que no sabia que partido tomar so-
bre cosa alguna.

percibir del colquio de las dos mugeres. Un mi-
llo de ideas se presentaban á mi imaginacion,
atormentándome principalmente quien seria aquel
tio de quien jamás había yo oido hablar, y co-
mo podría haberme llegado á descubrir en el
estado vil en que me hallaba. Tenia la mayor
impaciencia por verle; y la idea del primer mo-
mento en que le viere, me hacia estremecer. La
suerie que me esperaba no podía dejar de ser
mucho mejor, segun me lo iban anunciando lo-
brosas disposiciones que se tomaban; y sin em-
bargo no podía librarme del temor que ya me
causaba; y en estas y otras agitaciones se pasó
toda la noche sin haber podido cerrar los ojos
cuando salió el Sol.

Algunas horas despues, llegó el peluquero
anunciado; y sobre la mesa en que se comia, por
no haber otra, se puso un pedazo de espejo, apo-
yado en una betella, una libra de polvos en una
cazuela, un poco de pomada en un papel, y un
delantal viejo sobre mis hombros. El peluquero
se reia malignamente de aquel burlesco tocador.
No fué lo mismo cuando desentredó mi pelo, pues
al verle tan poblado é igual, no supo como com-
ponerse hasta que me cortó mas de la mitad.
Los vestidos y los zapatos llegaron tambien
á su tiempo; y antes de comer fué tan completa
aquella Victorina en otro tiempo tan feliz, y des-

— 20 —

Apenas me acosté cuando una de las vecinas
de Mariana llegó á verla, y bien pronto se movió
entre ellas una conversacion muy interesada;
bien que para que yo no pudiese entenderla ha-
blaban en voz muy baja. Sin embargo, percibí
estas quebradas espresiones; «teneis razon.....
esta es buena venta..... pero las malditas virue-
las.—No; eso no importa ya nada, porque él
vendrá de hoy á mañana, y despues mas que to-
do se lo lleve el diablo.—Eso es verdad; porque
al cabo, mas vale un toma que dos te daré.—
Bonito es el compadrel..... ya..... pero nada se
pierde en ello..... Verdad es que podríamos
aguardar algo mas; pero no, no; cuanto mas
presto mejor: no me oirà hablar mas de ello.—
Con todo eso, sabes que es una buena casualidad?
—Todavía faltan dos años de aquí á quince....
y puede ser que de aquí allá ya nos hayamos
muerto.... y sobre todo, siempre he oido decir
que el que piensa mucho en mañana pierde lo
de hoy.—Bien vá, hágase, y rueda la bola. De
aquí á algunos dias ya me parece que tendre-
mos que hablar. A Dios.—Buenas noches.»

Separáronse con esto, y Mariana se acostó,
quedándose dormida inmediatamente. A mi me
era imposible conseguirlo. Un no-sé qué, de que
no podía dar razon, ahogaba todo el júbilo que
debía causarme la mudanza de mi situacion. Pro-
curaba dar algun sentido á lo que había podido

considero el grande precio de esta accion.—Bien:
lo creo así; pero escucha, mi querida sobrina
(volviedo á tomar aquel aspecto fogoso y obli-
cuo que me asustaba), cuidado con no dejar de
hacer nada de aquello que te pueda hacer mas
digna de mis bondades: yo tambien le prometo
no omitir cosa alguna para hacerle un suerite
feliz. Cuida en especial de no hablar jamás ni
del lugar en que has pasado tu juventud, ni la
vida que has tenido en casa de Mariana. Razones
muy esenciales á la gloria de tu padre, y á la
de la familia, hacen esta reserva de la mayor
importancia. Lo que debes decir es que te halla-
bas á pupillo en una casa de campo, sola, en com-
paña de una muger que no recibia ni hacia vi-
sitas á nadie. Acuérdate bien de esto; entendedos,
querida mia?»

Este resio paratrasando de distintos modos
fué el que hizo nuestra conversacion en todo el
viaje. Tambien vine á entender que él tenía con
el gobierno especulaciones que le entricuecian
mucho, pero que le precisaban, de muchos años
a aquella parte, á hacer ausencias largas y fre-
cuentes.

Podia haber unas veinte y cuatro horas que
íbamos caminando, cuando en una parada vimos
llegar á un hombre en posta lo mismo que no-
sotros, pero á caballo, y de la parte opuesta.
«Ah, ahí Tñ por aquí, Picard! (dijo mi tio).

— 29 —

Pues qué casualidad te trae?—Señor, traigo una
carta del ministro, que llevaron á casa con ór-
den de hacéroslo poner en vuestra mano del mo-
do mas ejecutivo en cualquiera parte que os
halláseis, y como sabíamos que volvíais, la se-
ñora me ha enviado á vuestro encuentro.»

Tomó la carta, y despues de haberla leído:
«Maldita sea la órden! (esclamó); ahora tengo que
volver pie atrás, y embarcarme para que se yo
cuanto tiempo. Parece que el diablo lo hace. Pe-
ro vamos, pues no tiene otro remedio..... Picard,
alquila ahí una silla para conducir á mi sobrina:
y yo voy á escribir á mi muger mientras la
ponen.»

Escribió en efecto, y me entregó la carta; des-
pues abrazándome..... Esta vez su vista me in-
fundió mas espanto que nunca. Me pareció que
la espresion de su ternura iba mezclada con al-
guna cólera: lo cierto es que me apretó tanto
junto á sí, que no pude dejar de dar un grito.
Separámosno por fin, y así que le vi partir se me
soltó un suspiro de júbilo, como si me hubiera
librado de un enorme peso; y no me arrepentí de
un razgo tal de ingratitud con todo que mira-
ba este vicio como el mas horrible.

que no era la
he sabido que
nco años; pero
er entonces la
ne son el cas-
riana á un ga-
dónde ol que
terrible ruido
eta que le pa-
da que me había
primir la ciega
temor que me
nabargo, me de-
o un paso hacia
mbos, sin aire-
aunque vi que
ero de bajo del
volvió á causar
no hacia mí; se
me me prometa
la mia; y des-
le peso me re-
tan inundada,
una limpia, ha-
el lugar que sus
or fin, y yo em-
desde que no

reció advertir
trabajo. La vi
to de querer le
pre se detuvo:
piro que al pa
Mi querida
encarga que o
inmediamente
Señora, esto e
ner la felicidad
que me ha d
Quiera el cielo
ta parecia con
tar las desgra
hizo estremece
cio volvió á d
bienes: vuestro
verdadero inte
Pero M. de Ve
à seis ó siete l
rar la menor d
demas yo os f
mucho gusto d
anunciais.»
Todavía p
lla respetable
ir en aument
la había toma
á donde me c
me como si f

considero lo creo así (volviendo a lo que me ha sucedido) digna de un no omitir. Cuidad del lugar, muy esencial de la familia, importancia de un padre a nadie que se le quita. Este fue el viaje. Tam el gobierno, mucho, per a aquella cuentes

traigo una cosa con órno del mo- que os tais, la se- too.» berla leído: a tengo que a que se yó lo hace. Pe- Picard, mi sobrina: mientras la carta; des- vista me in- pareció que ada con al- pretó tanto ir un grito. partir se me me hubiera arrepentí de que mira-

quiere parecer joven. Verdad es que no era la suya muy avanzada, pues luego he sabido que no tenía mas que cuarenta y cinco años; pero yo le di mas de sesenta por no tener entonces la idea de las antipodas veces que son el cas- rigo del desarrigo.

Paso despues de esto con Mariana a un ga- binete que habia inmediato, en donde oi que le dio dinero, causandome este terrible ruido la mayor indignacion, porque creia que le pa- gaba los cuidados con que sin duda queria ha- cer crecer aquella muger villana que me habia asistido, y estuve para entrar a reprimir la ciega beneficencia de mi tio. Pero el temor que me infundia, me hacia dudar, sin embargo, me de- terminé a ello, y ya habia dado un paso hacia el gabinete cuando los vi salir a ambos, sin atre- verme a proferir una palabra, aunque vi que Mariana sacaba un talgo de dinero debajo del brazo.... Tal fue el terror que me volvió a causar la vista de mi tio! Aquella se vino hacia mi; se despidió desatandome la suerte que me prometia una presencia tan guilarda como la mia; y des- pues me abrazó y besó. Pero, este beso me re- movió toda, creyéndome con el tan inundada, que si hubiese tenido a mano agua limpia, ha- bria inmediatamente purificado el lugar que sus labios habian tocado. Marchóse por fin, y yo em- pezé a respirar con mas libertad desde que no la volví a ver.

reció advertir que su respiracion salia con mucho trabajo. La vi hacer muchas veces el movimien- to de querer levantar los ojos al cielo; pero siem- pre se detuvo; y luego que concluyó, dió un sus- piro que al parecer queria detener.

Mi querida hija (me dijo), M. de Verval me encarga que os ponga en un convento, y voy inmediatamente a hacer efectivas sus órdenes.— Señora, esto era lo que yo deseaba antes de tener la felicidad de conoceros; pero ahora ya creo que me ha de costar pesares.—Amable niña! Quiera el cielo!.... «delúvose aquí; pero su vis- ta parecia conducir la frase de este modo: *apar- tar las desgracias que te esperan!* su mirada me hizo estremecer.... Despues de un corto silen- cio volvió a decir: quiera el cielo colmaros de bienes: vuestro cándido semblante inspira un verdadero interés; y si estuviese en mi mano.... Pero M. de Verval lo quiere; aun señala el lugar a seis ó siete leguas de aquí, y yo no puedo alte- rar la menor cosa de sus disposiciones. Por lo demas yo os iré a ver con frecuencia, y tendré mucho gusto en cultivar la sensibilidad que me anunciáis.»

Todavía pasé algunos dias en casa de aque- lla respetable tia, en los cuales no hizo mas que ir en aumento el tierno afecto, que desde luego la habia tomado. Por último marche al covento á donde me condujo ella misma recomendán- dme como si fuese su propia hija.

has sido bien desgraciada, amiga mia (me di- jo), pero no lo serás en adelante, porque aun- que no soy mas que tu tio, en mi veras siem- pre un padre. El vuestro ha muerto en el mar viniendo embarcados juntos, y me transmitió lo- dos sus derechos sobre ti, los cuales he acepta- do solo para hacerte feliz.... Tu me guerras mu- cho, no es verdad? Y volvió a besarme, y dar- me otros golpes en la mejilla.

Yo quisiera darle pruebas de mi agradecimien- to, pero en vano: mi corazon se negaba a todo, y así no puede hablar una sola palabra. Tomó su mano para besarla, y no hice mas que lle- gar a ella mis labios. Me indignaba, aunque indignamente, contra mi misma, porque nada me hacia sensacion, y porque no sentia el menor afecto por un pariente generoso que me sacaba de la miseria, y que me adoptaba por su hija.... En vez de la ternura que buscaba en el fondo de mi corazon, solo encontraba un mortal desvio. El exterior de mi tio podia contribuir mu- cho a ello. Era un hombre alto, y tan lacio, que parecia un esqueleto vestido: tenia el color cárdeno, las mejillas hundidas, las cejas junta, y muy espesas, sepultadas los ojos, la vista fo- gosa; pero atravesada, y los labios secos: sin embargo, llevaba un elegante peinado, aromas que tenían corrompida la sala, y en fin, toda la ridicula afectacion de un hombre de edad que

mucho peor cuando tuve necesidad de limpiar los muebles inundados con el vino.... Pero, qué habia de hacer? No me quedaba otro partido que el de obedecer: arméme pues de valor, obedecí, y despues fui a buscar mi cabra.

Cuán respectiva es la felicidad! Despues de quince horas pasadas en la atmósfera de la em- briaguez, cuán feliz me encontré con solo respirar el aire puro del campo! Despues de haber visto embrutecida a la humanidad, cuán agradable fué para mí el ver a mi cabra, correspondiendo a mis caricias, pacer los tallos de las zarzas, y cuando tenia satisfecha su necesidad, saltando alegremente en la pradera, aguardar el momento de darme su leche en pago de mis cuidados!

Pero mi mas dulce consuelo, el único que hizo suspender mis penas, fué el dirigir suplicas al cielo por el Ser generoso que, despues de haberme salvado la vida, se dignaba cuidar de mi existencia: fué el pensar que él encontraba la recompensa en su corazon, con aquel placer puro y delicioso que deja un beneficio. Ah! el me creia dichosa! Oh, mi digno libertador! Pensando en tí, lo era yo cuanto podia serlo.

Sin embargo, lejos de haber mitigado el ri- gor de mi situacion el socorro que aquel respec- table jóven me habia enviado, no sirvió mas que de agravarle. Se me maltrató mas que nunca en tanto que duró el dinero, porque Mariana

Despedidos todos, nos pusimos en camino, y después de haber andado un cuarto de hora, llegamos á una posada de muy buena apariencia. «Vamos (nos dijo un señor que estaba á la puerta), que ya iba perdiendo la paciencia. Pues ya! (respondió Mariana), es necesario dar tiempo al tiempo. Tan fácil es hacer con mas prontitud de una guarda-cabras una hermosa sobrina?... Señora, ese es vuestro tio.»

Esto lo decía siguiendo al caballero á un cuarto á que nos condujo. Luego que estuvimos en él: «qué hay, niña? (me dijo), dándome un beso, y después dos ó tres golpecitos en la mejilla). A fe mía que es mas bonita todavía que lo que yo esperaba!—Cierro que sí (respondió Mariana); y á la verdad que deberíais en conciencia...» El caballero puso un dedo en su boca, y si no fuera por eso... pero dejad pasar dad! y si no fuera por eso... pero dejad pasar una docena de meses, y no lo será tanto.»

El Señor, dirigiéndose á mí: «hasta ahora

QUE NO INDUCE A PENSAR MUY BIEN DEL
QUE CONSTITUYE SU PRINCIPAL OBJETO.

Capítulo IV.

(me dijo) que ya es hora... Hasta luego, ve-
cinas, que me es preciso llevar esta niña.»

— 27 —

no dejó de emborracharse; y mucho mas todavía luego que se acabó, como si quisiese vengar en mí la privación de él.

Capítulo III.

MUDANZA DE SITUACION.

Hacia ya mas de un año que llevaba una vida tan penosa, cuando un dia, llamándome Mariana con un tono que procuraba hacer alagüeño: «vamos, Señorita, (me dijo): aquí teneis tela para vestiros. El Señor es el mejor sastre de la ciudad. Tambien va á venir un zapatero, y mañana os buscaré quien os peine. No me creéis? (viendo que yo la miraba como pasmada) pues ahí teneis la tela que os puede desengañar; pueden salir dos vestidos, y es menester hacerlos al instante. Entendeis, M. Guillermo?... Ola, que ya estais aquí, M. Gervasio! Me alegro: vaya que es preciso que hagais á esta niña, un bonito par de zapatos.»

Yo no podia entender cosa alguna de cuanto pasaba. Los dos hombres me tomaron medida sin que yo profiriese una sola palabra; y se habian ya marchado sin que hubiese podido todavía volver de mi admiracion.

«Mucho te maravilla esto (me dijo Mariana)

Mi tio queria partir inmediatamente, pero los caballos de posta no habian llegado todavía; y esto le enfureció contra las gentes de la posada, que no hubo ultraje de aquellos de que la insolencia lleva continuamente á los desgraciados á que se les suerte condena al servicio de los ricos, con que no les regañase. No fue mejor el trato que dió á la misma mesonera cuando llegó con la cuenta de gastos: cada partida la regateaba del modo mas soez, y movia un alboroto para conseguir la mas mínima rebaja. La criada vino á avisarle que los caballos estaban puestos, y le suplico que no la olvidase. «Vete al infierno (le respondió); no tengo nada que que darle. Pero, señor: después de tres dias que estais aquí!—Y que estubierais tres meses; qué sacamos? no te han puesto aquí para eso?—Si señor: pero no tenemos otro sarario que la generosidad de los huéspedes.—Y á mi que me importa eso?—Diciendo esto se entró en la silla: yo me puse á su lado temblando.—«Vamos, posillon! ligero...» Así echamos á andar, seguramente sin que nos desecase un feliz viaje aquella pobre criada, ni demas gente del meson; aunque en mi juicio las felicitaciones y sentimientos de aquellos á quienes se dejó, es lo mejor que uno puede llevar consigo. Esto causa, interiormente un no-sé-qué dulce y amistoso...»

Pero á mí no ningun cuidado le daba; antes

— 26 —

mi primer paso fué todavía incierto; el segundo algo mas asegurado, y cuando estuve junto á ella ya no habia temor alguno en el fondo de mi corazon.—«Mi querida tía! (esclamé, besándole la mano).—Mi querida hija! me contestó con la mayor bondad.... Después se detuvo con un aire tan cortado como el que yo debía tener.

Púsele en su mano la carta que mi tio me habia entregado; pero quiso antes de verla que estuviésemos sentadas una y otra, y yo lo hice poniéndome á su frente. Mi corazon, cuyos latidos suspensos al pronto por el temor, eran ya libres, y fáciles, me aconsejó que examinase la buena persona con una sola palabra habia obrado esta mutacion.

Mi tía era una muger de treinta años, poco mas ó menos. Su estrema debilidad y estenuacion deberian hacerla parecer mas avanzada, pero eran justamente de aquellas, por entre las cuales se divisa la edad y la hermosura. Su cutis era blanquísimo: sus cejas y sus largas pestañas, negras como el ébano, deberian dar á sus ojos por lo menos la vivacidad: sin embargo, su vista solo espresaba languidez. Ya habia yo probado cuanta confianza inundia su dulce voz: ella unia aquel feliz sonido que nunca deja de llegar al corazon.

La lectura de la carta que le habia entregado, sacó unos lijeros colores á sus mejillas, y me pa-

mas de los de l
empavesados fo
hacia tierra y d
so de la Real b
paros de mosqu
bia entónces un
de doña Urraca
didez regia sir
Y «Añade el cr
siones bastante
hubiera querido

A este tiem
de Jerez la co
S. M. en el ó
tropas de infan
formando 42 co
deras, enseñas
batalla, manda
mayor don Fra
dorado, gorra
ga y un venab
tro pages con
casaca de raso
soldados vestia
distintos colore
cadenas de o
alabardas y arc

Habiendo de
frigerio, salió d
deza se colocó
toldado y rica
distancia junto
bió las felicitac
de la tropa hab
mero se presen
todo su aparaf
bispado con e
tedral montado
á caballo, el cal
necitados, la re
la ciudad pre
á su izquierda
Componiáse la
los que vesti
morado forrad
cuello y gorras
preciosas; y
de terciopelo c
en sus bonete
guaciles vestid
des, los procto
blicos y los de
redores de lonj
la comitiva la
guaciles y gra
y monteras ve
del colegio ma
vestian sayos
llevaban las i
les vestidos de

Quando el
salió á su enc
de las indias a
contra maestre
rio, todos de
telas da seda
pabesada con
de distintos c

mas de los de la carrera de las Indias, ricamente empavesados formaban dos hileras mirando la proa hácia tierra y dejando un estrecho canal para el paso de la Real barca, haciéndoles el saludo con disparos de mosquetes. En el sitio de la Bella flor habia entonces una casa de placer llamada las Aceñas de doña Urraca, la que adornada con una esplendidez regia sirvió de apeadero á S. M. y comitiva. Y «Añade el cronista», que fué abastecida de provisiones bastantes para 45 dias, si el Rey y su corte hubiera querido permanecer en aquel sitio.

A este tiempo salió de la ciudad por la puerta de Jerez la comitiva de la misma, para recibir á S. M. en el orden siguiente: Abria la marcha las tropas de infanteria en número de 3,000 hombres formando 12 compañías conduciendo muchas banderas, enseñas gloriosas ganadas en los campos de batalla, mandadas por el capitán teniente de alférez mayor don Francisco Tello, el que vestia coselete dorado, gorra adornada con camafleos, espada, daga y un venablo en la mano. Llevaba delante cuatro pages con calzas de seda negra y encarnada, casaca de raso verde, rodela dorada y cascotes. Los soldados vestian calzas, colete, jubones y gorras de distintos colores, y los oficiales llevaban botones y cadenas de oro y muchas perlas, sus armas eran alabardas y arcabuces.

Habiendo descansado el Rey y tomado algun refrigerio, salió de la casa y acompañado de la grandeza se colocó en un trono que en un palenque entoldado y ricamente adornado, se hallaba á corta distancia junto al prado de san Sebastian. Allí recibió las felicitaciones de la ciudad que á continuacion de la tropa habia salido por la puerta de Jerez. Primero se presentó el tribunal de la inquisicion con todo su aparato; despues el gobernador del Arzobispado con el tribunal eclesiástico; el cabildo catedral montados en mulas y llevando al pertiguero á caballo, el cabildo de la colegial, universidad de beneficiados, la real audiencia, la universidad, y detrás la ciudad precedida por el asistente el que llevaba á su izquierda al alcayde de los reales Alcázares. Componiase la corporacion de 56 veinti-cuatro, los que vestian togas senatoriales de terciopelo morado forradas de raso blanco, cadenas de oro al cuello y gorras adornadas de diamantes y piedras preciosas; y de 62 jurados que vestian traje talar de terciopelo carmesí con cadenas de oro y pedreria en sus bonetes. Precedían á la ciudad sus 20 alguaciles vestidos de damasco carmesí y capas verdes, los procuradores y escribanos del Rey, los públicos y los de la sala del crimen, estos y los corredores de lonja vestian de terciopelo negro. Cerraba la comitiva la hermandad compuesta de 160 alguaciles y gran número de cuadrilleros con vestidos y monteras verdes. La universidad era precedida del colegio mayor de santa María, cuyos colegiales vestian sayos negros y beca morada. Los doctores llevaban las insignias de sus doctorados y los bedeles vestidos de verde llevaban masas de plata.

Cuando el Rey se acercó á la Torre del Oro, le salió á su encuentro, los oficiales de la Contratacion de las indias acompañados de mas de 150 capitanes, contramaestres y pilotos de los buques surtos en el rio, todos de la carrera de indias, vestidos de ricas telas de seda y plata. La Torre del Oro estaba empavesada con grandes y hermosas banderas de seda de distintos colores. En el rio cerca de la Torre

habia un buque pintado y ricamente adornado, y otro igual junto al puente donde se hallaban embarcados músicos y clarineros. Estos buques marcaban la distancia para un regateo de barcas que habia de tener lugar al paso de S. M. cuyos premios consistian: el 1.º en 6 varas de Tisú de oro, el 2.º en otras seis de terciopelo verde, y 3.º el en otras seis de raso amarillo. Esta diversion le gustó tanto á el Rey que dijo: «esto basta por recibimiento.»

La Puerta Real era lá destinada para la entrada. Por su lado exterior se construyó de madera una muralla igual á la de la ciudad y cuya puerta era un grandioso arco triunfal con dos mas pequeños á sus lados. Sobre la arcada se figuró el Monte Parnaso donde se hallaban el Dios Apolo y las nueve musas, que lo figuraban jóvenes de ambos sexos vestidos los varones de el traje femenino, los cuales con sus instrumentos y voces entonaban himnos y canciones. A los lados del parnaso figuraban dos templos uno de Apolo y el otro de Baco. De uno al otro habia un arco iris donde estaban representados los doce signos del Zodiaco dispuesto de tal modo, que al pasar el Rey señalase Apolo con la mano el signo de Geminis en que habia nacido S. M. Mas hacia afuera estaban colocadas dos estatuas colosales representando la primera á Hércules y la segunda el Bétis. Junto al primero se hallaban cuatro figuras representando cuatro de los grandes Emperadores antiguos y junto al 2.º otras cuatro de los Reyes de España mas célebres en la historia. A los lados del arco de entrada y sobre la muralla artificial, se colocaron veinte y cuatro niñas, doce á cada lado, teniendo en sus manos coronas de flores y pomos con esencias para derramarlas al paso del monarca. Finalmente, en sus estremos se habian construido dos Torres que sostenian un colosal arco que coronaba toda la obra en cuyo centro se colocó la imagen de S. Fernando y á sus lados repartidas las de S. Hermenegildo y Recaredo, S. Isidoro y S. Leandro, y las Santas Virgenes Justa y Rufina. En este lugar se situó la ciudad con el Asistente.

(Se continuará.)

FERNANDO CUEVAS.

Máximas Morales.

—Las palabras del chismoso parecen muy sencillas, mas penetran el interior y desgarran las entrañas.

—El hombre iracundo es como la leña, que no sirve mas que para dar pábulo al fuego.

—Yo sé, es la divisa del necio; yo no sé, es la del sabio.

—Los que representan papel en el mundo son como los comediantes, que sus faltas no las conocen ellos sino los espectadores.

—En los palacios de los poderosos todo es grande menos las puertas; para entrar es preciso encorbarse hasta arrastrar por el suelo.

—Cuando fueres insultado, párate cinco minutos y despues contesta.

—Si quieres humillar á tu enemigo págale con favores los ultrajes que te hiciere; te harás grande

ante Dios y ante tus semejantes, y el tan pequeño que será el desprecio de todos.

—Piensa bien hoy lo que has de ejecutar mañana, y no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—No confíes á otro lo que tu puedes hacer.

—No seas miserable, pero si económico. El miserable siempre es ridículo, el económico siempre es apreciado.

—Nunca se abran tus labios para tu elogio, espera á que te elogien los labios de los otros.

—Si quieres saber lo que vales, gradúalo por el número de tus emulos.

—La envidia es sarna incurable entre individuos de una misma profesion.

Lorenzo Martinez.

El amor desgraciado.

SONETO.

Crece dos palmas su ramaje alzando
En orillas opuestas de un torrente,
Sin juntar nunca su follage ardiente,
Sin unirse jamás, mas siempre amando.
Crece, sus ramas tristes inclinando
Hasta que airado el ábrego inclemente,
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.
Así tambien tu suerte de mi suerte
Separa; ¡ó Dios! piélagos enemigos,
Y muero solo, y misero, sin verte;
En vano en mi delirio te persigo,
Que en las espesas sombras de la muerte
La tumba solo me unirá contigo.

A. B.

ADVERTENCIAS.

Estando continuamente entrando nuevos suscritores no es posible arreglar tan pronto las series como se deseara, por tanto debemos advertir que la loteria primitiva donde se haga el sorteo correspondiente á este mes será la primera del mes de Marzo, á cuyo efecto con la anticipacion debida en uno de los proximos números anunciaremos los billetes y papeletas que se junquen, como tambien el lugar donde para seguridad de los suscritores serán depositados.

—Por si algun suscriptor no ha recibido ó no conserva el prospecto, renovamos en este número bases con que la empresa distribuye los premios.

El número de suscritores que nos favorezcan serán divididos en series de 90 individuos cada una las cuales se denominarán serie 1.ª, 2.ª, 3.ª, y así sucesivamente. Los suscritores de cada serie estarán numerados desde el uno al noventa inclusivos. La empresa para cada serie tomará todos los meses billetes de la loteria moderna en sorteo ordinario.

Medio billete se le entregará íntegro al suscriptor que obtenga en su recibo el número igual al del primer extracto de la loteria primitiva, y del mismo modo serán agraciados cada uno de los del 2.º, 3.º, 4.º, y 5.º extractos, con un décimo de billete y una cédula de cuatro números, de la loteria Primitiva una con ambo de 30 y terno de 500, otra de tres números con ambo de 30 y terno de 1,000 y un mes de suscripcion gratis, cuyos sorteos se avisarán con anticipacion.

Se tomará otro medio billete y si saliese premiado, se distribuirá en partes iguales entre los 90 individuos de su serie respectiva, si el premio fuese de 400 duros en adelante quedará á favor de la empresa el 10 p. S para gastos de escritorio.

Tanto los billetes como las cédulas serán puestas en depósito con el conocimiento y aprobacion de la autoridad.

Para obtener el premio es indispensable la presentacion del recibo, en el que se inscribirá el número del suscriptor y el de la serie á que pertenezca.

Todos los recibos llevarán dos sellos y la firma del director, sin cuyos requisitos no serán válidos.

Cábala,

para la Estraccion del: 15 de Marzo
de 1858.

Con la mayor osadia
mi vuelo primero di,
y mis ojos dirigí
á la bella Andalucía.

Mis alas bato ligera:
marcho velós contra el viento,
pues pozar en la Jiraldá
es solo mi pensamiento.

Vime en ella y contemplé
á Sevilla tan hermosa,
y entre jardines y edenes,
sus hijas bellas cual rosas.

Quiero en su cielo vivir
en sus delicias gozar,
y de plantas tan fragosas
el nectar puro gustar.

Cual=47. raton. 19.. en. 44. ratonera+= 54
tomad.... 55 números=15=9=Cerero= 5
juegale 80 puesto en 64 blason..... 50
y este vuelto: 69.. Majadero = 71
Son=1=3=25= Bonitos y de gusto 85
novicio.... 11:.. ten confianza 29

37
que en =: ser su salvo conducto 64
tiene puesta su arrogancia.... 46
El= 36. Aguila =55=

Por lo no firmado,

José M. Moreno y Jimenez.

Editor responsable, José M. Moreno y Jimenez.

SEVILLA 1858.

IMPRESA DE JUAN MOYANO Y COMPAÑIA.

Colcheros 21.

PER

Salen cuatro
Para cada s
man, un billete
papeletas de la B
nes gratis.

Año

Cic

El hombre

Por los dife
Omnipotente pa
humana, y para
podemos discer
que ostenta la d
Si no hubiese l
género de anim
lia de las plant
en un solo pu
giones separada
dilleras hubiera
en parte, sino
males, á menos
persivo que el
resultado que n
el sistema gene
parada del glob
tinta de plantas
género humano
mejante. El h
zacion capáz de
facultades propi
sidades. Así pu
atravesia sierras
y al frio, modif
accion que eger
ricas. Dotado de
colocado en un s

Hoy la espe
ocupa todos los
regiones mas a
de los polos, en
por las aguas y
del mundo, allí
perpetúa su esp
rada hasta los
le vé en las roja
fuego. En una p
que basta para
porta un frio que